

El Debate Académico es Mundial

- ★ Ya en 68 el Movimiento Desbordó Todo Límite
- ★ El Esquema de Lucha de Clases, Clisé Infantil
- ★ ¿Quiénes Pueden Participar Legítimamente?

Por MODESTO SEARA VAZQUEZ

La Universidad Nacional Autónoma de México se encuentra en el medio de un proceso de reflexión sobre sí misma. Las reformas propuestas el año pasado por el rector, y que se habían originado en una autocrítica que el mismo rector había realizado meses antes, dieron lugar a distintas reacciones entre los universitarios.

Lo que está ahora a examen por el cuerpo académico, de profesores y alumnos, no es sólo la estructura y organización, sino también la naturaleza y fines de la Universidad y su papel en la sociedad. En realidad, el problema que se plantea no es exclusivo de la UNAM, o de las demás universidades del país, sino una cuestión que está abierta a discusión en todo el mundo.

SIGUE EN LA PAGINA VEINTIUNO

El Debate Académico es Mundial

Sigue en la página veintiuno

funden democracia con indisciplina académica; tampoco son los valores en los que se ha fundado hasta ahora la sociedad mexicana.

Por eso no es exagerado

decir que si se permite el derrumbe de la Universidad Nacional, dejando que caiga en manos de la demagogia suicida o de la provocación, se estaría permitiendo el derrumbe del modelo de sociedad del país entero.

El Debate Académico es Mundial

Sigue de la primera plana

Los primeros grandes movimientos universitarios mundiales, los de 1968, se justificaban como una rebelión contra las universidades anquilosadas que pretendían reflejar las concepciones iniciales; es decir, medievales, de la Universidad. Como centros privilegiados de la cultura, en ella se daban cita las grandes figuras de la cultura y los pocos estudiantes que tenían acceso a esos centros. El número reducido de alumnos, que propiciaba su acercamiento a los profesores, y la ausencia o la limitación de los otros medios de difusión, otorgaban a las universidades un papel esencial en la sociedad, cuyos valores reflejaba incluso en su fórmula de organización, normalmente conformista y jerarquizada, aunque no faltaran las manifestaciones de independencia frente al poder establecido.

La dinámica de los movimientos de 1968 desbordó todos los límites, y de reacción explicable contra la rigidez y el anacronismo universitario y social se convirtió en intento de traslado a la Universidad de la fórmula social y política de la autogestión, para cuya defensa en otros ámbitos distintos del universitario abundan los argumentos, pero que en la Universidad no tiene nada que hacer. Esto, aparte de que, en realidad, la autogestión fue interpretada como el gobierno de la Universidad por los estudiantes, según una infantil fórmula que aplicaba a la Universidad el esquema de la lucha de clases, dando a los estudiantes el calificativo de clase proletaria y a los profesores y autoridades universitarias el de clase dirigente. Esta pintoresca aplicación de la teoría de la lucha de clases no siempre fue defendida expresamente, pero era asumida tácitamente por casi todos los que actuaban en el movimiento estudiantil. En una ocasión concreta, tras una conferencia que acababa de dar yo en la Facultad de Economía, en 1967, alguien la enunció así, al intervenir en el turno de preguntas del público.

Las consecuencias de la autogestión, donde se intentó aplicarla, como sucedió con la Universidad Libre de Berlín (Occidental) fueron previsibles: El autoritarismo anacrónico de los profesores de la vieja universidad alemana fue sustituido por la dictadura del "proletariado" estudiantil y el nivel académico pasó de la mediocridad a la simple inexistencia. Ejemplo de aquella situación alucinante (hoy corregida) era la selección de temas de discusión: El profesor debía aceptar los temas que escogían los alumnos cada día, y que incluían desde los métodos de la guerrilla urbana hasta el análisis de los sesudos escritos de los dirigentes estudiantiles, en los que se reproducía la misma pedantería de los solemnes y ridículos profesores (el título de "herr professor" se suponía que debía provocar tanta reverencia como temor), pero sin los conocimientos que, a pesar de todo, éstos solían tener.

★
Ante el debate acerca de la universidad, parecería lógico iniciar la discusión definiendo la cuestión de la naturaleza y fines de la institución universitaria y de su papel en la sociedad. Sin embargo, hay una cuestión previa y es la de determinar quiénes son los que están legitimados para participar en el debate. Parece aceptarse ya que el futuro de la Universidad deben decidirlo estudiantes, trabajadores, profesores y autoridades universitarias, por ese mismo orden. Se ha llegado a hacer la afirmación rotunda de que los estudiantes son la parte

más importante de la Universidad, y que sin estudiantes no hay Universidad. Este tipo de comentarios no deben pasarse en silencio y requieren una respuesta inequívoca: La Universidad son todas las partes que la componen, pero algunas son más importantes que otras y, desde luego, para cualquier persona con sentido común, debería estar claro que los profesores son la parte más importante de ella.

La Universidad tiene dos elementos esenciales: Profesores y alumnos; y dos elementos auxiliares: Autoridades y trabajadores. Sin estos dos últimos la función universitaria podría llevarse a cabo, cualquiera que fueran las dificultades que se produjeran, mientras que sin profesores o sin alumnos la función universitaria sería imposible. Pero además, dejando de profesores, para tener universidad sólo harían falta alumnos, que se podrían reclutar inmediatamente. A un profesor no se le puede inventar, y su calidad o mediocridad determina automáticamente la calidad o la mediocridad de la enseñanza. La condición de profesor es (relativamente) permanente, mientras que la de alumno es temporal y por ello es absurdo investirlo con el papel esencial. Esto, aparte de que la enseñanza es sólo una de las funciones de la Universidad, aunque sea la más importante; las otras dos funciones, de la difusión cultural y de la investigación, podrían ser realizadas por los profesores únicamente. Pero no se trata de incurrir en excesos absurdos, en cuanto a la valoración positiva de profesores o negativa de alumnos, sino de reaccionar ante la demagogia imperante, para poner las cosas en su debida perspectiva.

★
Es hora de destruir ciertos mitos generalizados. El primero de ellos es el de la Universidad como institución democrática. La Universidad es aristocrática (académica, no socialmente) por definición, pues en ella hay una diferencia natural: Entre los profesores, que saben (si no saben no son profesores, aunque tengan un nombramiento) y van a enseñar, y los alumnos, que no saben y van a aprender. Si no se diera esa diferenciación natural no se justificaría la Universidad. Si se acepta la realidad de tal diferenciación, hay que ser lógicos y sacar las debidas consecuencias, en el sentido de que no se puede otorgar el mismo peso a las opiniones de los que saben que a las de los que no saben. Invocar la democracia aquí es confundir la democracia política con la democracia académica. Va en contra de los intereses propios de los estudiantes, que las decisiones acerca de su formación profesional sean abandonadas a los que carecen de los suficientes conocimientos para decidir las cuestiones académicas. A lo anterior podría objetarse que los estudiantes son ciudadanos con plenitud de derechos que, aunque no tengan ya los conocimientos que van a adquirir en la Universidad, sí tienen derecho a participar en la definición de la naturaleza y de los fines de la Universidad y de su papel en la sociedad. Esto es verdad, pero ello no es un derecho exclusivo de los estudiantes o de los profesores, sino de todo el cuerpo social, pues lo que la Universidad sea o no sea repercutirá sobre la sociedad entera, que no puede permanecer indiferente.

★
En el caso concreto de la UNAM es evidente que el nivel general de la enseñanza y la investigación, con algunas y muy honrosas excepciones, es muy ba-

jo. La inevitable consecuencia es que la calidad de los egresados no está a la altura de las necesidades de un país que desea salir de la crisis en la que se encuentra, y que tiene que competir con rivales cada vez mejor preparados. Pero la excelencia académica no puede conseguirse con discursos, sino con trabajo. Ello quiere decir preparación y disciplina de los profesores; dedicación y traba-

jo de los estudiantes. Si en su papel como responsables del interés público. La Universidad Nacional, debido a su carácter prácticamente gratuito, ha funcionado como instrumento eficaz de movilidad social, facilitando el ascenso social de muchas generaciones de mexicanos. Ha llevado así un papel importante en cuanto a la consecución de la justicia social y también como instrumen-

to estabilizador de la sociedad. Si la calidad de sus profesionales sigue descendiendo, las oportunidades de empleo se irán cerrando cada vez más para ellos, mientras los cuadros que necesitan los sectores pú-

blico o privado del país tendrán que buscarse en las universidades privadas o del extranjero, cuyos egresados llevarán consigo el bagaje cultural y los valores sociales en los que se han educado. Esos valores son, desde luego, los que dicen defender los que siguen en la pag. VEINTITRES

EXCELSIOR, Jueves 18 de Junio de 1987 21-A